

Mario Benedetti

Gracias por el fuego



Alianza editorial
El libro de bolsillo

Primera edición: 1988
Tercera edición: 2014
Tercera reimpresión: 2021

Diseño de colección: Estudio de Manuel Estrada con la colaboración de Roberto Turégano y Lynda Bozarth
Diseño de cubierta: Manuel Estrada
Ilustración de cubierta: Nueve retratos de pasaporte (Munich, aprox. 1909)
© TV-yesterday / AGE
Selección de imagen: Carlos Caranci Sáez

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© Fundación Mario Benedetti
c/o Schavelzon Graham Agencia Literaria
www.schavelzongraham.com
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 1988, 2021
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15
28027 Madrid
www.alianzaeditorial.es



ISBN: 978-84-206-8836-7
Depósito legal: M. 10.244-2014
Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

11	Uno
45	Dos
63	Tres
74	Cuatro
106	Cinco
113	Seis
120	Siete
138	Ocho
146	Nueve
187	Diez
232	Once
243	Doce
253	Trece
291	Catorce
298	Quince

Así de oscuro, de embebido o muerto.

Liber Falco

*Yo soy pues de este mundo
y de estas cosas que son y que me llevan.*

Humberto Megget

Y si soñamos, fue con realidades.

Juan Cunha

Uno

En Broadway, a la altura de la calle 113, no sólo se habla en un español nasal y contaminado; también podría decirse que se piensa, se camina y se come en español. Letreos y avisos, que algunas cuadras antes todavía anunciaban Groceries & Delicatessen, se han transformado aquí en Groserías y Delicadezas. Los cines no anuncian, como los de la calle 42, películas de Marlon Brando, Kim Novak y Paul Newman, sino que muestran grandes cartelones con las figuras de Pedro Armendáriz, María Félix, Cantinflas o Carmen Sevilla.

Ha entrado la noche en un viernes de abril de mil novecientos cincuenta y nueve, de modo que arriba ya no se ve el cielo, y abajo el aire parece menos sucio. En esta esquina de la más larga calle de Manhattan, los luminosos son modestos, pero aun así modifican el color de las mosquitas que se acercan a la luz. Broadway no es tan representativa del Spanish Harlem como puede serlo Madison; por lo menos aquí

no vienen los turistas de Idaho y Wyoming a fotografiar puertorriqueños en Kodachrome.

Es la hora en que se vuelve al hogar, si puede llamarse hogar a estas miserables casas de inquilinato. A través de las ventanas abiertas se ven habitaciones con rajaduras y grandes manchas de humedad en las paredes, gente hacinada en cinco o seis camas sin tender, niños descalzos que berrean entre mocos, y algún televisor con la pantalla manchada de grasa o de helado.

La esquina es pobre. La gente es pobre. Las casas tienen los frentes descascarados. Junto a un sonriente rostro de Coca-Cola, alguien escribió con tiza: Viva Albizu Campos. Un ciego avanza con rostro impassible, mientras hace sonar las monedas dentro de un envase de lata. La esquina es pobre. De manera que el gran letrero luminoso que anuncia TEQ LA RESTAURANT (porque la U y la I de TEQUILA se han apagado) desentona con su alrededor. No es exactamente un restorán de lujo, pero un examen superficial de la lista de precios, que figura con un marquito negro junto a la puerta, permite asegurar que ningún integrante del Spanish Harlem ha de pertenecer a su clientela. Tampoco es exactamente un restorán puertorriqueño; más bien es vaga y promedialmente latinoamericano. Aunque todavía es temprano, las mesas están prontas, con sus manteles, platos, cubiertos y servilletas. En una mesita junto a la pared de la derecha hay incluso una pareja que examina, con las cabezas juntas, la lista de platos.

En la sección que da a Broadway, cinco mozos están listos para atender las treinta mesas. En el fondo del salón hay una puerta de doble hoja, que comunica con el Reservado, donde hay tendida una mesa para unas veinte personas. En

el fondo del Reservado hay otra puerta, ésta de una sola hoja, que conduce a la cocina a través de un angosto corredor. El teléfono está precisamente en el corredor, sobre un estante que además tiene una estatuita: un toro, en el amargo trance de recibir las banderillas.

Cuando suena el teléfono, viene José desde la cocina. José es un español con varios lustros de residencia neoyorquina. Tanto se ha adaptado, que hasta cuando habla español mecha palabras inglesas.

—Aló. Tequila Restaurant. Speaking. Ah, you speak español. Sí, señora. No, señora. Sí, señora. Todo típico, of course. No, señora. Sí, señora. No, señora. Primera calidad. ¿Y cuántos gringos piensa traer? Sí, señora. No, señora. Sí, señora. Claro, cuando vienen gringos traemos las panderetas. Typical, you know. También las gaitas. ¿Gaitas nicaragüenses? Sí, por supuesto. Nuestras gaitas son para todo servicio. Quédese tranquila, señora, todo saldrá bien. ¿Y para cuándo? Next Friday. Okei, señora, aquí lo anoto. ¿Cómo, cómo? Ah, su comisión. You mean su comisión de usted. Como es natural, deberá llamar más tarde, así habla con el Manager. Pregunte por míster Peter. Peter González. Él es el que atiende eso de las comisiones. Sí, claro. Bye-bye.

José viene al salón del frente, recorre a los cinco mozos con una amplia mirada inspectiva y retrospectiva y comienza a aprontar unas servilletas. Sólo puede alinear una media docena. El teléfono vuelve a sonar.

—Aló. Tequila Restaurant. Speaking. Oh, señor Embajador. ¿Cómo está usted? Hace tiempo que no tenemos el gusto de tenerlo por aquí. ¿Y la señora Embajadora? Me alegro, señor Embajador. Sí, señor Embajador. Voy a tomar

nota, señor Embajador. Sí, señor Embajador. ¿Next Friday? Pues, usted verá, señor Embajador, esa noche el salón reservado ya está pedido. Pedido y concedido. ¿Quiénes son? No estoy seguro, señor Embajador pero creo que son cubanos de Miami, alto nivel. Claro, señor Embajador, muy importante, eso es lo que yo digo. Por supuesto. Particularmente si lo de ustedes es simple y sana diversión. Exactamente como usted lo dice señor Embajador: siempre y en todo, primero los profesionales. Yo sabía que usted iba a entender, señor Embajador. Eso sí. No lo divulgue. Creo que es una cena secreta. ¿Si vienen los gringos? No estoy seguro, señor Embajador, pero alguno siempre viene. No, señor Embajador, eso no puedo decírselo. Secreto profesional. A usted no le gustaría, señor Embajador, que yo anduviera comunicando por ahí que en junio de mil novecientos cincuenta y siete usted cenó aquí tres veces con una hermosura que después apareció como socia de los barbudos. No, señor Embajador. ¡No, señor Embajador! Duerma usted tranquilo, sólo se lo ponía como ejemplo. Usted sabe que soy una tumba. No tema, señor Embajador. Gracias, señor Embajador. Muchísimas gracias, señor Embajador. Yo sabía que usted iba a comprender. Entonces, le reservo para el next Saturday. Okei, señor Embajador. Buena suerte, señor Embajador. Y mis respetos a la señora Embajadora.

Antes de que José vuelva a sus servilletas, el teléfono vuelve a sonar. El gesto de José no es exactamente de resignación, sino de pesada responsabilidad.

—Aló. Tequila Restaurant. Speaking. ¿Peter? Al fin, Pedro. No, no ha pasado nada. Simplemente que podías haber llamado antes. ¿Los uruguayos? No, todavía no vinieron, pero deben estar al llegar. Oye, ¿son manirroto como

los argentinos o pobretones como los paraguayos? ¿Más bien cicateros? Sólo quería enterarme; siempre conviene saber a qué atenerse. Pierde cuidado, hombre. Pues claro que hubo llamadas. Mira, llamó la cotorra vieja anunciando la venida de por lo menos quince gringos, next Friday, todos rotarios de Duluth. Le dije que sí. Luego te va a llamar, porque quiere la comisión. Mi modesta opinión es que hay que dársela. Siempre trae mucha gente. Es una andaluza, ¿sabes?, horrible pero habilidosa, y les ha tocao a los gringos el lao folklórico. Después llamó el Embajador. ¿Cómo que cuál de ellos? El gordito de la marihuana. A ver si ahora vas a exigirme que te revele por teléfono los top secrets. Quería el reservado, también para el next Friday. Como ya se lo había prometido a la cotorra vieja, y como estoy enterado de que tú no quieres más complicaciones, le dije que lo habíamos reservado para los cubanos de Miami. Sabes, me pareció mejor decirle eso, porque el gordo no se atreve con el State Department. ¿Hice bien? Okei. Lo trasladé al next Saturday. ¿Cómo que el next Saturday vienen los guatemaltecos? Pero ¿cuáles? ¿Los arbenzones o los ydigoritas? ¡Caracoles! ¿Por qué no me avisaste? Oye, déjalo por mi cuenta, mañana le hablo al Embajador y lo arrincono para el next Sunday. Y no hay más novedades. Bye-bye.

Ahora son cuatro las mesas ocupadas. Con excepción de uno de los mozos, el más alto, que ameniza su obligado ocio metiéndose discretamente el meñique en la nariz, los otros han empezado a moverse. Van a la cocina y regresan con algún plato, pero sin forzar el ritmo, como reservándose para la hora en que seguramente ha de caer la gran avalancha de comensales. Cuando aparecen tres tipos, exageradamente

abrigados para la agradable temperatura abrileña, y ocupan una mesa central, el quinto mozo extrae el meñique de la fosa nasal izquierda y se dirige sonriente a los recién llegados.

Un cuarto de hora después, la puerta principal se abre con más ruido que de costumbre, y entran, todas juntas, con risas y exclamaciones, ocho, diez, quince personas.

—Los uruguayos —murmura José, y se adelanta a recibirlos—. ¿Los señores son los uruguayos?

—¡Sí! —responde un coro de por lo menos siete voces.

Un hombre gordo, lustroso y sesentón, da un paso adelante y dice:

—Mi nombre es Joaquín Ballesteros. Desde la semana pasada tenemos pedida una mesa en salón reservado.

—Naturalmente —dice José—. Sírvanse pasar ustedes por acá.

José y el mozo del meñique sostienen las dos hojas de la puerta para que pasen Ballesteros y los suyos. Son ocho hombres y siete mujeres. Ballesteros toma la iniciativa para la distribución de asientos.

—Un hombre, una mujer, un hombre, una mujer —dice—. Aquí, como en todas partes, ésa es la distribución más entretenida.

Tres de las mujeres sueltan una risita.

—Indique usted, Ballesteros —dice uno de los hombres—. Indique usted, con nombre y apellido, dónde nos sentamos. De paso nos sirve como presentación.

—Tiene razón, Ocampo —contesta Ballesteros—. El hecho de que yo haya decidido juntar alrededor de una misma mesa a quince uruguayos que, por distintos motivos, están en Nueva York, no impide que se cumpla la formalidad de

que todos conozcan los nombres de todos. Y aunque ya sé que ustedes mismos han improvisado algunas presentaciones, voy a seguir la idea de Ocampo y los voy a ir distribuyendo con nombre y apellido. Aquí, a mi derecha, Mirta Ventura. Al lado de Mirta: Pascual Berrutti. Al lado de Berrutti: Célica Bustos. Al lado de Célica: Agustín Fernández. Al lado de Fernández: Ruth Amezua. Al lado de Ruth: Ramón Budiño. Al lado de Budiño: Marcela Torres de Solís. Al lado de Marcela: Claudio Ocampo. Al lado de Ocampo: Angélica Franco. Al lado de Angélica: José Reinach. Al lado de Reinach: Gabriela Dupetit. Al lado de Gabriela: Sebastián Aguilar. Al lado de Aguilar: Sofía Melogno. Al lado de Sofía: Alejandro Larralde. Y al lado de Larralde: otra vez un servidor, Joaquín Ballesteros. ¿Estamos?

—¿Usted es algo de Edmundo Budiño? —pregunta Ruth Amezua, a la izquierda de Ramón.

—Soy el hijo.

—¿El hijo de Edmundo Budiño, el del diario? —siente Ramón que otra voz, la de Marcela Torres de Solís, pregunta a su derecha.

—Sí, señora, el del diario y el de la fábrica.

—Caramba —dice Fernández, asomándose por detrás de Ruth—. Entonces usted es todo un personaje.

—En todo caso el personaje es mi padre. Yo sólo tengo una agencia de viajes.

No hay que tomarse el trabajo de elegir los platos, ya que el menú ha sido ordenado por Ballesteros: Tomates rellenos, raviolos a la genovesa, arroz a la cubana, copa melba.

—Me preocupé de que fueran platos sencillos —aclara Ballesteros en el momento en que llega el fiambre—. Bien sé que los uruguayos padecemos unánimemente del hígado.

—*Qué bien que haya dicho hígado* —dijo José Reinach—. *Me hizo acordar de mis comprimidos.*

—*¿Qué tal? ¿Han hecho muchas compras?* —pregunta en general Sofía Melogno, con una sonrisa que le quita diez años.

—*Sólo artículos eléctricos* —dice Berrutti, frente a ella.

—*¿Dónde? ¿En Chifora?*

—*Naturalmente.*

Célica Bustos se inclina confidencialmente hacia Berrutti y le pregunta en tono vergonzante qué es Chifora.

—*¿Cómo? ¿No sabe? Es un escritorio, en un segundo piso de la Quinta Avenida. Hacen unos descuentos fenomenales a los latinoamericanos.*

—*Ay, déjeme anotar la dirección, por favor.*

—*Cómo no. 286 Fifth Avenue.*

—*No crea* —dice Ballesteros, más silenciosamente aún en el oído de Larralde— *que Chifora es importante sólo en artículos eléctricos. También trabaja allí un cubanito que consigue unas chicas estupendas.*

—*¿De veras? Voy a anotar la dirección.*

—*Sí, le conviene: 286 Fifth Avenue.*

—*¿Y el empleado?*

—*Mire, el nombre no lo sé. Pero usted entra y se fija. A la derecha está el mostrador con los tocadiscos y los televisores. A la izquierda, un armatoste con medias stretch. Bueno, el tipo que le digo es un morochito flaco, con ojitos de víbora, que está detrás del armatoste.*

—*Yo estoy deslumbrada* —dice Mirta Ventura, poniendo su mano sobre el Longines de Berrutti—. *Sólo hace una semana que llegué, y ya estoy deslumbrada. El Radio City es espléndido, con esa orquesta que aparece y desaparece, y*

ese organista sensacional, y las alfombras, ¿usted se fijó qué alfombras? Uno pisa y se hunde.

—¿El Radio City es una sala enorme donde bailan las Rockettes? —pregunta Aguilar desde la otra banda.

—Ese mismo —responde Berrutti— ¿vio usted qué perfección?

—Eso pensaba yo cuando fui a verlas la otra tarde. Porque está bien que nosotros no tengamos nada, porque Montevideo no es nada. Pero Buenos Aires, que tiene tantas ínfulas, ¿eh? Dígame, Berrutti, ¿qué tiene Buenos Aires que se pueda comparar con las Rockettes?

—¿Usted se refiere a las piernas solamente, o también a la disciplina?

—A todo. Piernas y disciplina. Acuérdesse del Maipo y le vendrán ganas de llorar.

—Bueno, habría que saber en qué época fue usted al Maipo. Porque yo recuerdo que en el cincuenta y cinco, había dos morochas despampanantes.

—¿Despampanantes por lo robustas?

—Por eso y algo más.

—Se lo preguntaba, porque todo es cuestión de gustos. A mí no me gustan tan frisonas, sino del tipo más estilizado, exactamente como las Rockettes.

—Claro, todo es cuestión de gustos. A mí también me gustan estilizadas, pero siempre que haya donde agarrarse.

Con cierta escondida satisfacción, como si en el fondo se sintiera aludida, interviene Gabriela Dupetit.

—¿No les parece que ese diálogo es, cómo diré, demasiado para hombres solos?

—Tiene razón —dice Berrutti, y sobreviene un silencio un poco embarazoso.

Sólo entonces puede percibirse el ruido de los tenedores y los cuchillos. También el ruido que hace Ocampo al traer un vaso entero de Chianti. Todos lo miran con alegre sorpresa y el sube y baja de la nuez de Ocampo adquiere cierta notoriedad durante diez segundos.

–Excelente vino –dice Ocampo cuando se entera de que es el centro de las miradas.

Hay tres risitas en el ala izquierda, y Reinach se siente obligado a intervenir.

–Eso es lo que tiene de extraordinario este país. Es bueno hasta en lo que no tiene. Los vinos de California son mediocres, es cierto. Pero usted puede comprar aquí cualquier vino, de cualquier parte del mundo. Ayer mismo compré una botella de Tokaj, que, como ustedes saben, es un vino comunista. Eso es amplitud. ¿Ustedes se dan cuenta de lo que significa que Estados Unidos permita que aquí se vendan vinos comunistas?

–Yo propondría que nos tuteáramos –le dice Fernández a Ruth Amezua.

–Es una buena idea –contesta ella, y con un gesto descontrolado, como podría haberse mordido el labio o rasgado la nariz, mira su relojito, que marca las diez y veinte.

–Yo siempre digo, lo mejor es tutearse de entrada, si no después se hace más difícil –insiste Fernández. Deja el tenedor con las arvejas y apoya exploratoriamente su mano en el desnudo antebrazo de la muchacha.

–Portate bien –dice ella, en un tono que es a la vez de reproche y de inauguración.

Relativamente conforme, la mano vuelve a su tenedor, pero las arvejas se han deslizado otra vez hacia el tomate relleno.

–De modo que usted es casada –dice Budiño a la señora Solís.

–¿No tengo cara de casada?

–Bueno, no sé cómo es una cara de casada. Sólo sé que es usted demasiado joven.

–No tanto, Budiño. Tengo veintitrés años.

–Uy, qué vejez.

–Usted se ríe, pero a veces me siento vieja.

–Mire, la comprendo, porque yo también a veces me siento joven.

–Por favor, Budiño, si usted tiene cara de muchacho.

A la izquierda de Budiño, suena la voz nerviosa de Ruth:

–¿Por qué no se tutean, como nosotros?

Ramón y Marcela cruzan una mirada inteligente y cómplice.

–Sucede que todavía no hemos considerado esa posibilidad –dice Budiño–. Pero a lo mejor la consideramos.

–¿Verdad? –dice Marcela levantando las cejas.

–Siempre y cuando estos pesados casi veinte años de diferencia no la cohíban a usted.

–¿A usted?

–Quiero decir: no te cohíban.

–No, te aseguro que no.

–Yo pregunto –dice en el otro extremo de la mesa Sofía Melogno– ¿por qué seremos tan contreras, por qué estaremos siempre buscándole defectos a los Estados Unidos, siendo como es un país maravilloso? Además, aquí la gente trabaja de veras, de la mañana a la noche y no como en Montevideo, que salimos de una huelga para entrar en otra. Es doloroso, pero hay que reconocer que entre nosotros el obrero es la chusma. Aquí no, aquí el obrero es un hombre

consciente, que sabe que su salario depende del capital que le da trabajo, y por eso lo defiende. ¿Me quieren decir quién en el Uruguay trabaja de la mañana a la noche?

—Me imagino que usted, señorita —dice imprevisamente Larralde—, por lo menos para difundir sus principios.

—No haga chistes, Larralde. Usted bien sabe que no necesito trabajar.

—Ah, yo pensaba.

—Eso es lo único que falta. Que las muchachas de buena familia nos pongamos de oficinistas. Un modo como cualquier otro de perder la femineidad.

—Todo depende, señorita. A veces la mujer tiene que elegir entre morir de hambre o perder la femineidad.

—Seré curiosa, Larralde: ¿Usted es comunista?

Berrutti atiende a Mirta Ventura. Fernández flirtea con Ruth. De modo que Célica Bustos se siente aislada, marginada por las espaldas de sus respectivos vecinos. Se decide por Aguilar, que en ese momento la está mirando.

—¿Y usted qué hace en Nueva York?

—En Nueva York me hallo sólo de paso. En realidad estoy viviendo en Washington.

—Entonces, ¿qué hace en Washington?

—Números.

—Sigo en ayunas. ¿Qué es? ¿Contador? ¿Ingeniero? ¿Oficinista?

—Arquitecto.

—Caramba.

—Trabajo en la OEA.

—¿Y se siente a gusto?

—Sí, bastante a gusto.

—¿Y qué hace allí?

—Planes de urbanización. Por lo general, para países subdesarrollados.

—No me diga que nos van a llenar de esos pueblitos anti-sépticos, simétricos, pulidos, todos iguales y sin carácter.

—Después de todo, es preferible eso a las favelas, las poblaciones callampa, las villas miseria, los cantegriles. ¿O no?

—Sí, claro. Pero ¿por qué todos iguales?

—Sale más barato. Ahora estamos proyectando varios para el Paraguay. Probablemente el año próximo tenga que ir a Asunción por ocho o diez meses.

—Yo no podría ir a Asunción.

—¿Por qué? ¿Por Stroessner?

—Sí.

—Yo también pensaba eso allá, en Montevideo. Pero reconozco que somos infantiles. Pensando así, no hacemos nada de nada. Mientras fui estudiante, trabajé mucho en la FEUU: después me aburrí de ser principista y pobre gato. Quizá le parezca un cínico. Pero aquí me pagan estupendamente. Claro que en Montevideo me he quedado sin amigos.

—¿Y está contento? Quiero decir contento consigo mismo.

—Bab, tanto como contento. Llega un momento en que hay que decidirse: o se sigue fiel a los principios o se gana plata.

—Y usted se decidió.

—Sí. Pero no voy a hacer como algunos colegas, que, para acallar sus escrúpulos y taparle la boca a los reproches, quieren hacer creer que esto es estupendo. Le aseguro que no lo es. Y la OEA es más mugre todavía. Pero gano muchos dólares.

—*Nada, no producimos nada* —le dice Reinach a Gabriela Dupetit—. *¿Cómo quieren que los capitalistas norteamericanos hagan inversiones en nuestro país, si no producimos nada? Para invertir, tiene que existir algo como el milagro alemán; allí trabajan. A mí me hacen gracia esos intelectuales de café, que siempre están reclamando más independencia en política internacional. A mí lo que me importa es el negocio. Y como comerciante, le aseguro que no me afectaría en absoluto que el Uruguay fuera menos independiente de lo que es, y llámele como quiera a esa falta de independencia: estado asociado, área del dólar, o más francamente colonia. En el negocio, la patria no es tan importante como en el himno y a veces el comercio funciona mejor en una colonia que en una nación aparentemente independiente.*

—*Todo depende. Fíjese, Reinach, que si fuéramos colonia de Estados Unidos, o, en último caso, de Inglaterra, bah, no estaría mal. Pero imagine un momento que fuéramos colonia de Rusia. Se me pone la piel de gallina.*

—*Ni pensé en esa posibilidad. Debo aclararle que para mí hay una sola patria: el concepto de empresa privada. Donde ese concepto no exista, a ese país lo borro del mapa. De mi mapa, al menos.*

—*¿Sabe cómo me di cuenta de que Ocampo era uruguayo?* —pregunta, raviol en vilo, el bien nutrido Ballesteros al silencioso Larralde—. *Entré en un cafecito que está detrás del Carnegie Hall y en una mesa había tres tipos hablando en español. De pronto uno de ellos dijo: «Y decidí jugarle a ese caballo.» Fíjese: no dijo caballo, ni cabalio, ni cabaio, sino cabaayo. Me acerqué y le dije: «¿De Buenos Aires o de Montevideo?». Y él me contestó: «Del Paso Molino». ¡Qué satisfacción! Yo también soy del Paso Molino, ¿se da cuenta?*

Budiño sirve Chianti en la copa de Marcela; luego sirve en la propia.

—¿No has estado en el Bowery?

—No. ¿Qué es eso?

—El barrio de los borrachos. Tenés que irte fijando dónde ponés el pie. De lo contrario, podés pisar el cuerpo de algún infeliz, tirado en la vereda o en la calle. Es más bien deprimente.

—También este barrio es deprimente.

—Nunca acabaré de entender el problema de los puertorriqueños. Primero, eso de Estado Asociado suena feo. El precio de la dignidad nacional son tantos y cuantos dólares. Da la impresión de una venta colectiva. Y después con el anzuelo de la libre entrada a los Estados Unidos, lo que ganan es esto: vivir amontonados en una sola pieza y trabajar como burros para que les paguen menos que a cualquier norteamericano. No, no lo entiendo.

—¿Vos sabés qué me pasa a mí con Estados Unidos? Comprendo todo eso de que se han portado horrible con América Latina. Aquello de México, Nicaragua, Panamá, Guatemala. Bastante me ha aleccionado mi hermano acerca de todo ese pedegree. Lo entiendo y me da rabia. Pero después llego aquí y me fascina. Mira, he estado también en Europa, pero Nueva York es una de las ciudades en que más disfruto.

—¿Y cómo es que tu marido te deja andar solita por estos mundos de Dios? ¿No sabe que puede ser peligroso? Para él, al menos.

—No. No es que me deje. Es que nos estamos divorciando.

—Ah.